

“ISLA DE LOS BIENAVENTURADOS”.

De Alfonso Calderón. Editorial Nascimento. Santiago.

Estos poemas, cuya redacción parte del año 1962, tienen la gracia estética de estar escritos en un lenguaje sencillo con un fondo erudito. Son múltiples las referencias a diversos estímulos que encauzan la sensibilidad del poeta. Varios de los poemas son narrativos, pero admiten la interpolación de meditaciones filosóficas. Diríase que los panoramas de “la Isla” se han engalanado con malabarismos irónicos. Sin embargo, esa ironía se limita a señalar los contrastes que ofrece la vida cotidiana, máxime si en ella gravitan las imágenes pretéritas, no desvanecidas.

La poesía del profesor Calderón bordea los recintos del antipoema. Terminada la breve incursión, se convierte en síntesis de un lirismo sin metáforas, con un decir directo; no obstante la sutil alusión a libros y pensamientos de grandes escritores.

Veamos algunas presencias líricas de gran jerarquía: “Amar es casi escoger estrellas puras, a la sombra de un castaño / en mitad de tu hermosura”. “El corazón de los pájaros me recuerda a Garcilaso”. “Todo cuanto pasa, ayer / o nunca, se queda en el misterio, / anterior a la letra, sin embargo / la melodía permanece”. “No es ojo todo cuanto reluce”. “Cuatro piedras, tan irreales como un sueño / coronan el paisaje. / Lento, tenaz, el río lo despierta”. “La mariposa subraya el vuelo hacia lo oscuro. / Círculo gris, raya azul, fijeza inmóvil”. “Ebrios, los peces saltan fuera / de la redoma y se colorean / en los pétalos mortales”.

Para analizar las proyecciones de esta poesía, podemos referirnos a los pensamientos que se han desgajado de los poemas. El amor, como la poesía, tiene virtualismos difíciles de condensar en fórmulas. Escoger estrellas puras, en mitad de la hermosura, tiene vinculaciones renacentistas. Garcilaso está ahí, con sus versos que tiemblan, con una pasión por la vida, frente al momento que pasa.

La imagen del tiempo, deshecha en el misterio, va dejando reminiscencias en la carrera del hombre. Por eso se ha dicho que el río, simbolismo del camino hacia la muerte, arrastra cosas que no son del río, que permanecen, porque son nuestras. Alfonso Calderón nos dice "que la melodía permanece". A veces, las piedras, en virtud del subjetivismo del poeta, se tornan irreales. Pero siempre encierran, en esta "Isla de los Bienaventurados", la posibilidad de un paisaje, no surrealista, sino creado en virtud de la palabra. Algunos poetas franceses han dicho que los pájaros de la tierra anidan en el cielo.

Los ojos han sufrido el asedio de los poetas. Antonio Machado nos brindó una galería de "miradas" líricas y viscerales. Cuando agotó sus interpretaciones, sus imágenes, comparaciones y metáforas, quiso centrar el pensamiento crítico en dos líneas que son como un aforismo de múltiples vertientes.

Alfonso Calderón, poeta intelectual que ciñe con palabras precisas la nostalgia y su confrontación con un presente de valiosas realidades, anota que la mirada tiene un arte y un compromiso, porque no es ojo todo lo que intenta ser vigía, porque "al fin y al cabo, los ojos azules / nunca dicen nada".

Poesía que contiene el recuerdo de situaciones significativas. Pensamientos que saltan y se completan en la fluencia caprichosa de las estrofas. Sentido del humor, tal vez porque la vida del hombre, cuando se anuda en las alternativas del vivir cotidiano, adquiere matices de rigurosa meditación, muy cerca de la trascendencia, sin que la hipotética sonrisa de los ángeles llegue a ser una distracción seria.

VICENTE MENGOD.

"EL GENERAL JUAN MACKENNA".

De Raúl Téllez Yáñez. Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires-Santiago, 1976. 2ª Edición. 191 páginas.

Todos los pueblos tienen sus ilustres desconocidos y el olvido de estas personalidades tiene su causa en una deficiente enseñanza de la historia en la educación secundaria. Como se ha dicho, esta situación afecta a todos los países, aunque, naturalmente, en distintos grados. Así, por ejemplo, el visitante se queda pasmado ante la ignorancia general que los griegos tienen sobre sus ilustres antepasados. John Kennedy conquistó un gran éxito literario resucitando en el papel la figura de algunos grandes hombres de la historia norteamericana. En fin, los casos se pueden alargar; y entre sumas y multiplicaciones llegamos a los pies del cerro Aconcagua, donde en general los chilenos desconocen quién fue Juan MacKenna: su nombre les suena extranjero, no sólo por tratarse de un apellido irlandés.

Es difícil comprender el olvido a que se ha echado a hombres como MacKenna porque muchos de nuestros próceres llevaron vidas más dignas de novela que de mamotretos históricos. Aventureros e idealistas. En verdad, se necesitaba una personalidad muy especial para decidirse a venir